

**Homilía de D. Joaquín María López de Andújar, Obispo de
Getafe, en la ceremonia de Coronación Canónica de
Nuestra Señora de la Soledad, Patrona de Parla
5 de Junio de 2011**

Hoy es un día de inmenso gozo para todos nosotros. La coronación canónica de la bendita imagen de Nuestra Señora de la Soledad, Patrona de Parla, que ha sido preparada con un gran fervor en todas las Parroquias de Parla y que ha venido precedida por un solemne Septenario, es, sobre todo, un acto de amor a nuestra Madre y Señora y, al mismo tiempo, la expresión sincera de nuestro deseo y compromiso de consagrarnos a ella con alma, vida y corazón para que ella, en medio de las vicisitudes de este mundo, nos lleve de la mano, con amor de Madre, hacia su Hijo Jesucristo, fuente inagotable de misericordia y de esperanza.

Celebramos este solemne acto en la fiesta litúrgica de la Ascensión del Señor. No podíamos haber buscado un día mejor. Jesús vuelve al Padre llevando su propio cuerpo como primicia de la humanidad que ha sido redimida. Y la primera redimida es la Virgen María. Por una gracia especialísima de Dios la redención llegó a María en el momento mismo de su concepción, librándola de toda mancha de pecado. Ella es la Inmaculada Concepción. Y también por un designio divino, después de su muerte, fue librada de la corrupción del sepulcro y elevada en cuerpo y alma a los cielos, para permanecer eternamente unida a la humanidad gloriosa de su Hijo Jesucristo. Por eso el pueblo cristiano desde tiempos muy remotos, contemplando a María como la llena de gracia y la Madre del Rey de reyes, siempre la ha reconocido como Reina y Señora de todo lo creado.

Observando la analogía entre la Ascensión de Cristo y la Asunción de María, podemos decir que, subordinada a Cristo, María es Reina. Su poder y sus atributos los recibe del Todopoderoso. Es Él quien la constituye Reina y Señora de los hombres y de los ángeles. Ya, a partir del s. V, casi en el mismo periodo en que el Concilio de Éfeso proclama a la Virgen la Madre de Dios, se comienza a honrar a María con el título de Reina. Y es que el título de Reina va unido a su título de Madre. María es Reina y es Madre. Y su título de Reina sólo puede ser entendido a partir de su solicitud como Madre. Por eso los cristianos, a la vez que honramos a María como Reina, y nos sentimos felices al coronar hoy su imagen bendita, podemos dirigirnos a ella con la confianza de unos hijos que saben que siempre serán escuchados y atendidos por ella. Los cristianos siempre miramos con confianza a María y al contemplarla como Reina, asociada a

al Reino de su Hijo crece en nosotros la confianza de que su solicitud por nosotros siempre es plenamente eficaz.

El Concilio Vaticano II, teniendo en cuenta este secular reconocimiento, después de recordar la Asunción de la Virgen “en cuerpo y alma a la gloria del cielo” explica que fue elevada por el Señor, como Reina del Universo para ser conformada más plenamente a su Hijo, Señor de los señores y vencedor del pecado y de la muerte. (cf. L.G. 59).

En el Evangelio de S. Marcos leemos que el día de la Ascensión, el Señor Jesús “ fue elevado al cielo y se sentó a la diestra de Dios” (Mc. 16,19). En el lenguaje bíblico “sentarse a la diestra de Dios” significa compartir su poder soberano. Sentándose “a la diestra del Padre”, Jesús instaura su Reino, un Reino nuevo de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz. Instaura el Reino de Dios. Y María, elevada al cielo, es asociada al Reino de su Hijo y por el poder de intercesión que su Hijo le concede, se convierte en instrumento privilegiado de la difusión, en el mundo, de la gracia divina.

El Reino de María, a semejanza y en perfecta coincidencia con el Reino de Jesucristo, no es un reino temporal y terreno, sino más bien un reino eterno y universal.

Es un Reino **eterno** porque, en contraste con los reinos efímeros y pasajeros de este mundo, existirá siempre y no tendrá fin (cf. Lc.1, 33). El Reino de María nos sitúa en las verdades fundamentales y en los valores universales y hace que edifiquemos nuestra vida sobre un cimiento sólido: el cimiento de la Palabra de Dios.”Arraigados y edificados en Cristo, firmes en la fe”. (lema de la JMJ) Y, es **universal** porque se extiende al cielo, a la tierra y a los abismos (cf. Fil 2, 10-11) y no entiende de particularismos ni de discriminaciones, ni de sectarismos.

Es un Reino de **verdad y de vida**. Para eso vino Jesús al mundo, para dar testimonio de la verdad (cf. Jn. 18, 37) y para dar a los hombres la vida en plenitud. La vida verdadera se fundamenta en la verdad. No puede haber vida en la apariencia o en la mentira. “Yo he venido para que tengan vida y una vida abundante”. María nos acerca a esa fuente de vida abundante y de verdad auténtica que es Jesús.

Es un Reino de **santidad** porque María, la llena de gracia, nos alcanzó las gracias de su Hijo para que seamos santos (cf. Jn. 1,12-24). María siempre nos invita a la santidad. No quiere que nos quedemos a medias en el camino hacia Cristo. Y para caminar en santidad nos invita a ser fieles a la

vocación a la que el Señor nos llama y a no tener miedo a lo que Él nos pida. Nos invita a vencer, con la fuerza del Espíritu Santo, todas las dificultades que podamos encontrar en el camino. No invita a abrir de par en par las puertas a su Hijo Jesucristo para que sea Él quien conduzca nuestras vidas, para que sea la luz de su Palabra quien guíe nuestros pasos. Es un Reino de **justicia** porque premia las buenas obras de todos y nos hace sentir ya ahora la felicidad de una vida entregada a Cristo. (cf. Rom. 2, 5-6). Es un Reino de **amor**: el amor desbordante de una madre que cuida de nosotros, nos libra de todo peligro y hace posible que la Iglesia sea una familia en la que todos nos reconozcamos como hermanos. Y es un Reino, en fin de **paz**, nunca de odios y rencores; es un Reino en el que los corazones reciben las gracias de Dios y encuentran la paz. Es el reino de la fraternidad, de la concordia, del servicio a los hermanos; es un reino en el que resplandece la dignidad del hombre y en el que nadie se siente excluido.

María como Madre y reina del Rey es coronada en sus imágenes, como lo haremos ahora en la querida imagen de Nuestra Señora de la Soledad, para simbolizar de esta forma nuestra veneración a Ella y para mostrarle la alegría que sentimos de ser súbditos de su bendito Reino.

Madre y Señora nuestra, Madre de la Iglesia y de todos los hombres, coronando tu imagen queremos manifestar públicamente el amor que te profesamos y el firme propósito de imitar tus virtudes y de seguir tus consejos. Cuida a nuestras familias, cuida a nuestros niños, fortalece el amor de los esposos, alivia el dolor de los enfermos, llena de tu amor y ternura la soledad de nuestros ancianos, da luz, sabiduría, justicia y honradez a quien tiene el deber de gobernarnos.

Aquí estamos reunidos, con verdadero espíritu de comunión eclesial, tus hijos de todas las parroquias de Parla y de muchos lugares de la Diócesis, que también con mucho amor te veneran como Madre en multitud de Hermandades, Congregaciones y Cofradías Marianas.

Queremos expresarte nuestro amor, nuestro agradecimiento y nuestra súplica porque, con amor de Madre, nos recuerdas cada día el camino del encuentro con Jesús y fortaleces, entre nosotros, los vínculos de fraternidad, que nos convierten en verdadera familia.

Por tu respuesta fiel al proyecto de Dios, fuiste coronada por encima de todo lo creado, gozando del triunfo de la victoria de Jesús sobre el dolor del pecado y la muerte. Te vemos gozosos, participando de esa plenitud de vida alcanzada porque fuiste la servidora fiel del Señor. La humildad y

sencillez de tu servicio incondicional al querer de Dios ha significado tu mayor grandeza, porque gracias a tu actitud de desprendimiento generoso, Él creció en ti y te asoció de forma excepcional a su misión redentora.

Tu camino va de la mano con el de Jesús y así te has convertido en el fruto más espléndido de su obra y, para nosotros en el modelo más luminoso de santidad y de adhesión al plan de Dios. Vemos en tu vida y persona una expresión dócil, sencilla y, a la vez, plena de cómo debe ser para nosotros el modo de vivir esta relación con Dios, sin dudas, y sin temor a equivocarnos, convirtiéndote para nosotros en un signo de esperanza.

Te alabamos, Virgen Madre, pues nos diste al Redentor, que alcanzó para nosotros la gracia y la salvación.

Madre de la Iglesia, hoy queremos proclamar tu grandeza en la magnitud de tu servicio de amor, queremos confesar nuestra gratitud y cercanía. Este pueblo peregrino, que se pone bajo tu amparo, hoy te pide, lleno de confianza, que le hagas semejante a Jesús y pueda ser luz del mundo, sal de tierra y levadura de la humanidad redimida por tu Hijo Jesucristo. Nuestra Señora de la Soledad, Patrona de Parla. Ruega por nosotros. Amen